

## DE COLETA A MELENA

### Pablo Espina Puertas

Jueves. Mercadillo. Barras y toldo enmarcan, cual bastidor, el lienzo multicolor que dibujan faldas, pantalones y blusas. Ocupando el enfoque pictórico ella, “*La Yeni*”. Su figura esbelta, realzada por la forma escultórica de su espectacular coleta, se impone, de manera sobresaliente, entre la maraña de prendas. Figura a la que ahora mismo, empujada por la amalgama evocadora de sensaciones que provocan la visión del entorno, le apetece volar. Volar a ese mundo tan recurrente de “*Y si...*”: “*Y si en vez de estar aquí estuviera...*”, “*y si pudiera*”, “*y si quisiera*”...

Se siente, a veces, prisionera de la cultura y de la tradición. Ansía espacios de libertad, parcelas en las que poder depositar la semilla de *su* identidad y que esta vaya floreciendo. Es consciente de la dificultad que, como mujer, le supone pasar de ser objeto de la mirada a sujeto de esa mirada. Desearía ser mujer activa en la construcción de *su* propia historia. Es mujer. Es gitana. ¿Y qué? Es, nada más y nada menos, una persona que pretende pintar *su* vida con un lenguaje que construya una existencia con un punto de vista distinto y diverso. Pero *su* punto de vista. *Su* opción. *Su* oportunidad.

Desearía apoyarse en la fuerza de la palabra. Ilusionarse con ese cuadro turbador que anhela pintar. Abandonarse a esa música evocadora que desea interpretar. Aprender, saber, acceder a la cultura sin tener que negar su identidad y procedencia, tener una “carrera”. *¿Te imaginas? Yo, mujer gitana escritora. Yo, mujer gitana pintora. Yo, mujer gitana violinista. Yo, mujer gitana universitaria... ¡estás loca Yeni!*- parece ilusionarse con cierto reproche.

- *Me gustaría encontrar palabras rebeldes. Me gustaría emocionarme pintando sentimientos. Me gustaría interpretar melodías. Me gustaría estudiar*-. La mujer comienza su soliloquio de deseos y preguntas sin respuestas.

Con resignación, pero ilusionada *-no hay más remedio, así que...*- se ajusta el prendedor dando una forma monumental a su coleta antes de explotar todas las armas de seducción posibles que le ayuden a vaciar el puesto. Eso sí, sonriendo y soñando.

- *Me gustaría encontrar palabras rebeldes* – propone a la mujer que lleva dentro.

- *Pero... ¿Las buscas?* – parece contestarle.

Sonríe acordándose, con cierta nostalgia, de Mar, su maestra de apoyo. “Eres mujer gitana, tienes que esforzarte el doble o resignarte. Aprende. Recolecta todas las palabras posibles y empápalas de sentimientos, úsalas para amar, para gritar cuando sea necesario, para ser libre, para volar,...”, - solía decirle con cariño.

Dejó el instituto. Razón: “Estás pedida” – dijo su padre -. Acepta la tradición y la cultura ancestral por encima de todo. Pero nadie puede privarla de refugiarse en el mundo mágico y placentero, rebelde también, de las palabras, inoculado por la maestra. Son su obsesión: “Lo mejor del *mercadillo*: dos *calzoncillos*, tres *eurillos*” ha sido su última aportación.

Sueña. Sueña con volar. Con seguir los rasgos de una imaginación que levanta el vuelo y que abandona, con frecuencia, lo cierto para apresar lo maravilloso. Sueña con disponer de tiempos y espacios de creación donde se conjuguen sentimientos y palabras, anhelando que estas acudan solícitas al reclamo de lo que, como mujer quiere decir y que no sabe cómo hasta que ellas vengan a revelárselo. Sueña con palabras que palpiten, que le enamoren de manera turbulenta, que le ayuden a amar su cultura pero también a entreabrirla. *Sueña* con ser su *dueña*, con tener *identidad* en vez de ser *propiedad*, con *vivir* no solo para *parir*. Además de *criar*, quiero *crear* – sigue jugando *La Yeni*.

“Mujer, gitana, poeta”. Son las tres palabras que escribió en el ordenador del instituto - según le había enseñado la maestra - . “Papusha” poetisa, fue el nombre que apareció. Leyó su biografía. ¿Por qué no?... - se dijo. Recita de memoria el poema aprendido:

*Nadie me comprende,  
sólo el bosque y el río.  
Aquello de lo que yo hablo ha pasado todo ya,  
todo, y todas las cosas se han ido con ello...  
Y aquellos años de juventud.*

Con ademán ambiguo, se lleva de nuevo las manos al prendedor. La coleta intenta zafarse en su afán por convertirse, primero, en cola de caballo. Parece que le cuesta.

- *¿Cuánto vale la blusa roja?* – pregunta la paya despertando de su ensoñación a la gitana.
- *La colorada, diez eurillos de nada* – responde orgullosa *La Yeni* por la rima conseguida.

Vuelve la gitana, la mujer gitana, hacia su interior.

- *Me gustaría emocionarme pintando sentimientos* – propone de nuevo a la mujer que siempre va con ella.
- *Pero... ¿identificas los sentimientos? ¿reconoces las emociones? ¿O te las imponen?* – parece interpelarse a sí misma.

Sonríe. Sonríe observando la amalgama multicolor presente en su entorno: colores vivos, diversos, múltiples, ricos, únicos también. Ese azul cielo, o el azul marino, el verde bosque. Cielo, mar, bosque... todos espacios de libertad. Ese “*amarrón*”, el “*encarnao*”, el “*negro enlutao*”, “*el dorao*”... – licencias lingüísticas de su raza que, mezclados adecuadamente con los otros colores “*apayados*”, podían componer una rica paleta cromática.

Sueña. Sueña con pintar escenarios y rostros alejados de estereotipos. O con estereotipos. Es igual. Pero que sean pinceladas que transformen. Le vienen a la mente las palabras – también lo buscó en el ordenador del instituto – de una mujer gitana y pintora, Lita Cabellut: “*La tragedia puede ser construcción*”, o las de otra pintora gitana también, Judea Heredia: “*Pintar es perseguir un sueño*”.

Sueña con pinceladas de libertad que, aparte de saborear la riqueza de la creatividad, le permitan plasmar la diversidad de tonalidades de sus mundos: el gitano en general y el femenino en particular.

- *Con esos ojazos azules que tienes mi “arma”, y esta blusa “floreá” que te cae que ni “pintá”, te van a venir los hombres en “maná”* – susurra *La Yeni* a la señora sabedora del valor de la combinación cromática en la coquetería femenina.

Aprieta de nuevo su coleta que hoy, inquieta como está, se bambolea entre impulsos e inhibiciones. Sin definirse. De coleta a cola de caballo y al final melena suelta. Sería un buen recorrido, sin duda.

- *Me gustaría interpretar melodías. Compartirlas* – vuelve a sugerir a la mujer que siempre va con ella.
- *Pero... ¿lo intentas?* – parece recomendarle.

Sonríe imaginándose en un escenario desgranando pentagramas, frotando con maestría el arco del violín – su instrumento preferido – y siendo toda ella centro de miradas y oídos. Pero toda ella. Cuerpo e instrumento fundiéndose con las notas sintiéndose reconocida en su totalidad, no solo por su apariencia, sobre todo por su valía.

Sonríe también, recordando a la maestra de música de la escuela: “Tienes cualidades musicales, *Yeni*. Explótalas.” – solía decirle. Sí. Claro. Habrá visto ella muchas mujeres gitanas tocando la guitarra o el cajón. A lo sumo bailar, palmear o tocar las castañuelas. Papel secundario siempre – refunfuña interiormente *La Yeni* - ¡Si pudiera tocar el violín!

Sueña con interpretar partituras que abran corazones al disfrute de la música. De cualquier tipo de música. Sueña con tener la posibilidad de explotar su talento. Como cualquier mujer. Sueña con escaparse, con volar a mundos de libertad. Como cualquier persona.

Ostalinda Suárez fue el nombre que apareció en el ordenador después de teclear: “mujer gitana violinista”. Otro ejemplo a seguir. Otra mujer que, sin negar su identidad, siguió el camino que le dictaba su condición de mujer y ante todo, su condición de persona ¡Pero son tan pocas!

- *Estoy que lo tiro: si me compran una camiseta les canto una saeta* – rima y entona *La Yeni*.

La coleta, ayudada por la brisa liberadora y sugerente, va perdiendo paulatinamente su forma. Quiere zafarse esperando que el aire dibuje unas pinceladas profundas con el pelo moreno dentro del cuadro.

- *Me gustaría llegar a la universidad, estudiar, tener una “carrera”. La de Derecho sería la ideal-* expresa en ese soliloquio interior tan satisfactorio.
- *Y ¿por qué no lo intentas? ¿Por miedo? ¿Por “apayarte”? ¡Cobarde!* – se espeta a sí misma.

Sonríe anticipando el placer y la seguridad que podría experimentar siendo sabia en leyes. “Yenifer Hernández. Abogada” rezaría en el cartel de la entrada. Sonríe también, con cierta arrogancia, sintiéndose ejemplo a seguir. Apareciendo en el ordenador como mujer, como gitana, como universitaria. Como abogada. Sin duda sería un referente.

Sueña con defender causas justas. Con tener acceso a la cultura para resaltar “su” cultura quitando estigmas que como raza, han heredado”. Sueña también, con no tener que renegar de su procedencia porque vaya a la universidad. Sueña.

Ainhoa Carbonell es su referente. “*Yo rompí con la historia predefinida para mí*” fue la frase que la impactó y que hizo suya ¡Quién pudiera hacer y decir eso!

Mientras recoge su puesto, continua la mujer gitana en permanente vaivén de la realidad al sueño, moviéndose entre el desasosiego y la resignación y viceversa.

¿Y la coleta?...

Cayó, por fin, el prendedor deshaciendo del todo la coleta y liberando al aire su melena pero... *calló La Yeni.*